

# MIEDO A LA VERDAD, ESE GRAN MIEDO DEL SIGLO DE TODOS LOS SIGLOS

CARLOS DÍAZ

*Profesor de Filosofía*



## 1. CATARSIS

A estas alturas hemos reconocido que existen verdades tan evidentes que no hay posibilidad de que entren en nuestros cerebros, y otras que sólo el amor de una madre puede soportar. Todos deseamos ardientemente tener la verdad de nuestra parte, muy pocos quieren estar de parte de la verdad, quizá porque la verdad en su totalidad sea demasiado grande para el ser humano, así que al afirmarla exageramos, aunque incluso al decir falsedad por el mismo motivo exageramos, ya que las pequeñas falsedades también son demasiado grandes en nuestro corazón. Hasta el silencio budista nos resulta demasiado pretencioso, pues es más grande la fuerza del pensar que la del silenciar, la avaricia de la nada que la nada misma, al fin y al cabo ésta es nada.

Nada de lo dicho hasta ahora merma nuestra exigencia de buscar primero y decir después la verdad, antes al contrario, y para ello creemos imprescindible

una catarsis purificadora. Es posible que no sea verdad todo lo que se piensa, puesto que se puede errar, pero en todo lo que se dice se ha de ser veraz. El miedo a cualquier cosa, aseguran los diccionarios de psicología, es una primaria emoción dúplice que —aunque extremadamente desagradable— pretende mantenernos a salvo, pues si bien llega a paralizarnos y a evitarla por no enfrentarnos a nuestros temores (*miedo imaginario o neurótico*, miedo que realimenta más miedo porque busca compulsivamente el peor de los escenarios posibles), nos lleva incluso por reacción a actuar impulsivamente; sin embargo, en ocasiones es también muy necesaria para no actuar temerariamente (*miedo real*). Mas, siendo a veces la fantasía más fuerte que la realidad, ¿cómo separarlas?

Miedos tendremos siempre con nosotros, nuestras piernas nos temblarán una o muchas veces, lo importante es que nos tiemblen allí donde nos tengan que temblar, y no en paradero desconocido por la fuga. El miedo a la enfermedad, a la pobreza, al rechazo, a la guerra, a la vida, a la muerte, al dolor y al sufrimiento, a la pobreza, al engaño, a Dios, al diablo, al prójimo, a nosotros mismos, están presentes desde que tenemos memoria. Religiones, como el budismo, se fundamentan directamente en la necesidad de evitar el dolor y el sufrimiento derivados del miedo. La *Torá* judía menciona el miedo desde su primer libro *Bereshit*: «Y llamó Dios, el eterno, preguntándole: ¿Dónde estas?» Y respondió: «He oído tu voz en el huerto, y tuve *miedo*, porque estoy desnudo; por eso, me escondí». En la iconografía apocalíptica tradicional, especialmente en la del siglo xv, este miedo sale por las orejas tal y como se ve plásticamente en *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* de Alberto Durero (1497-1498). La profesionalización de los provocadores del miedo (sobre todo la información alarmista debida a los medios de comunicación) es una característica de nuestra época, tal y como lo demostró Orson Wells, quien desató un ataque de pánico colectivo en 1938 con su programa de radio en La guerra de los mun-

dos. La sociología del miedo destaca por su parte su variación con las épocas y los contextos históricos; durante el siglo XIX, los temores relacionados con la muerte inminente estaban estrechamente vinculados a los miedos acerca de cualquier tipo de vida después de ella, así como relacionados con la inquietud sobre el diagnóstico correcto del deceso para evitar el enterramiento prematuro, pero hoy la gente tiende a preocuparse por que nos obliguen a permanecer vivos más de lo debido. Los debates actuales sobre la eutanasia y la muerte asistida están relacionados con estos cambios.

## 2. PSICOSOCIOLOGÍA DEL MIEDO

¿Es positiva la cobardía, es bueno confesar el miedo como prueba de ser persona inofensiva y temerosa de las leyes del grupo? Séalo o no, podría definirse al ser humano como un *animal miedoso*, pues no hay ningún ámbito de su vida que no sea susceptible de miedo: miedo a la enfermedad, miedo a la muerte, miedo a la soledad, miedo a dejar de ser uno mismo, miedo al miedo. El miedo es una enfermedad o no-firmeza incurable, entra en la antropología del ser humano el ser miedoso. Más enfermamos cuanto más miedosos somos, y más miedosos somos cuanto más enfermamos. Por otra parte, y habiendo distintas intensidades de miedo, no es infrecuente que éste se incremente hasta generar pánico, e incluso pánico al pánico, auténtico terror que lleva a algunos a quitarse de en medio antes de que los despachen, cuando la patología llega al máximo: por temor a la muerte hay quienes se matan, y este egocidio puede cocinarse lentamente cada día sin llegar a consumarse. Otras veces, cuando esta panicogénesis no llega a tal extremo, nos especializamos en descargarlo sobre otro que a su vez lo traslada a otro, y así hasta la satanización de todos: una sociedad satanizada no es más que una sociedad apanicada. El miedo produce una avalancha generalizada con resultado de muerte generalizada. Incluso cuando no hay peste, aquel que la teme comienza a apestar. Dime a qué apesta y te diré cómo apesta tú a otros. Esta *pestificación* sociológica se enmascara y busca su disolución en la traslación a otro del propio terror, y entonces se produce un miedo que no sólo deja huella en quien lo padece, sino que también abre camino al pánico generaliza-

do. El miedo es una enfermedad, si entendemos esta palabra etimológicamente, es decir, como miedo a dejar de estar firme, y en consecuencia miedo a caer. *Tomber*, tumba. En última instancia, la persona apesada, entre la peste y el cólera, no tiene otro remedio que clausurar toda relación con sus prójimos, ahora devenidos lejanos y extraños para ella: «En general, no se puede estar al *unísono perfecto* más que con uno mismo; no se puede estar con el amigo, no se puede estar con la mujer amada, porque las diferencias de la individualidad y del carácter producen siempre una disonancia, por débil que sea. La sociedad es *insidiosa*»<sup>1</sup>. En el imaginario psíquico del miedo cualquier cosa debe perecer antes que el miedo, incluyendo la verdad, decapitada en los manuales del egoísta podrido: «El pensamiento absoluto es aquel que pierde de vista que se trata de *mi* pensamiento, que yo lo pienso y que sólo existe por *mí*. En cuanto soy yo, devoro lo que es mío, soy su dueño; el pensamiento no es más que mi opinión, opinión que puedo *cambiar* a cada momento, es decir, aniquilarla, retornarla a *mí* y consumirla»<sup>2</sup>. Quien desee parecerse a este Max Stirner odie a la verdad y ámese exclusivamente a sí mismo. *Ánimo, plaudite*, las personas no se alteran a causa de las cosas, sino a causa de las opiniones que se forman sobre ellas (Epícteto, siglo I d. C). Varias son las vías alternativas a la verdad, algunas de las cuales se ofrecen aquí si deseas ser despreciable.

## 3. EL MIEDO POLÍTICO Y SU CORRESPONDIENTE NAUSEA

De aquellos polvos anti-verdad, estos *lodos políticos* donde reina el *horricidio veritativo*: «Eso que llaman sociología y que Platón habría llamado *filodopía*, es un conjunto de arbitrariedades o de perogrulladas conductas a justificar tal o cual posición política»<sup>3</sup>, lo cual me enerva tanto que, cuando oigo la palabra *cultura* en boca de esos bárbaros, aunque por motivos distintos a los del mariscal Göring, saco el revolver que no tengo. En estos terrenos de la mentira pública el miedo a la verdad ha sido apagado por la burla de la ignorancia perversa en las clases gobernantes, ahora mal llamadas «clase política». En este reino de la desesperanza ya se han dicho todas las palabras sin que haya bastado ninguna para definirla, pues ya la palabra misma se ha vuelto incapaz de canalizar la verdad.

1. Schopenhauer, A.; *El arte del buen vivir*. EDAF, Madrid, 1990, p. 184.

2. Stirner, M.: *Der Einzige und sein Eigentum*. Philipp Reclam Verlag, Stuttgart, 1972, Zweite Abteilung, 2, 3.

3. Unamuno: *Correspondencia entre Unamuno y Vaz Ferreira*. Editorial de la República de Uruguay, Montevideo, 1949, p. 30

¿Necesitamos algún ejemplo de psicología cognitiva? «El poder de las palabras está enlazado con el de las imágenes que evocan, y es completamente independiente de su significado real. Aquellas palabras cuyo sentido peor se define son las que poseen mayor acción. Tales son, por ejemplo, los términos democracia, socialismo, igualdad, libertad, cuyo sentido es tan vago que muchos gruesos volúmenes no bastan a precisar. Es verdaderamente mágico el poder que se agregan a sus breves sílabas cual si contuviesen la solución de todos los problemas. Ellas sintetizan las aspiraciones inconscientes más diversas y la esperanza de su irradiación: invocan en las almas imágenes grandiosas y vagas, pero la misma vaguedad que las difumina aumenta su misterioso poder. Son divinidades misteriosas ocultas tras el tabernáculo, o a las que el devoto sólo se aproxima mudo y tembloroso. A ciertas palabras se incorporan transitoriamente ciertas imágenes: la palabra no es más que la campana de aviso que las hace aparecer. Con un pequeño *stock* de fórmulas y de lugares comunes poseemos todo cuanto es necesario para atravesar la vida sin la fatigante necesidad de tener que reflexionar sobre ningún asunto ni materia»<sup>4</sup>, el fariseísmo político sigue mandando: «Haciéndome católico, dijo Napoleón al Consejo de Estado, es como he terminado la guerra de la Vendée; haciéndome musulmán me establecí en Egipto, y haciéndome ultramontano gané al clero de Italia. Si gobernase un pueblo judío, reedificaría el templo de Salomón»<sup>5</sup>. Mientras tanto, la circunspección, decía Cromwell, será siempre una virtud de pequeña alcaldía.

Lamento, en cualquier caso, añadir al menos fugazmente en este rubro algo bastante desagradable: tú alimentas con tus comportamientos políticos a los políticos a los que además votas; no sé de qué te quejas, pequeño hipócrita; este tuyo sí es miedo antonómico a la verdad. No se admiten reclamaciones. Devuélvase al remitente, no lo encontrarán en el frente de Aragón, primera línea de fuego.

#### 4. EL MIEDO A LA VERDAD EN EL SISTEMA ESCOLAR

El miedo es una característica inherente a la sociedad humana, razón por la cual se recoge y a su vez se multiplica en todos los aparatos de Estado, auténtica pirámide de sacrificios y —en lo específicamente rela-

tivo al miedo a la verdad— en la base de sus sistemas informativos, de una forma muy relevante en el *sistema educativo en general*. «En la India, desde que los indígenas han abierto escuelas, no para educar como se hace en Inglaterra, sino simplemente para instruir a los indígenas, se ha formado una clase especial de letrados, los *babús*, que cuando no pueden recibir un empleo se hacen enemigos irreconciliables del poder inglés. En todos los *babús*, empleados o no, el primer efecto de la instrucción ha sido rebajar incesantemente el nivel de su moralidad»<sup>6</sup>. Los maestros de Oaxaca heredan todavía la plaza de sus padres como éstos de los abuelos, incendian edificios para no ser examinados y —enafiados sindicalmente— se consideran a sí mismos modelos de prospectiva social. Sin ir tan lejos, el miedo a la verdad por parte de los docentes se manifiesta por su renuencia al estudio, de ahí la pobreza de sus propuestas y la proyección de sus alargadas sombras, que en demasiados países llegan a ser terroríficas, no siendo la menor de ellas el nihilismo con que se frustra cualquier pretensión de convicción, el relativismo generalizado, la abolición del modelo, la envidia reivindicativa del tipo «a igual trabajo igual salario», como si los trabajos fueran iguales entre el que sabe y el que ignora incluso que ignora, y la escasez de la capa freática de sus toscos «saberes» insípidos e insaboros. Por esos y por muchos más motivos oír a alguien proclamarse maestro, pese a las numerosas honrosas excepciones, me pone en guardia y la sociología del magisterio me llena de auténtico pánico, no sólo de miedo. En pocas partes como en el negocio de la enseñanza he visto tantas caravanas de tristeza, borrachos de sombra negra con formato magisterial, delincuentes de todos los países unidos. Eso sí me parece un crimen de lesa humanidad, un psicocidio.

*¡Ay, las verdades manipuladas!* El ilustrado Condorcet, en su *Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano*, describe así la situación: «En Europa se formó muy pronto una clase de hombres menos ocupados todavía en descubrir o profundizar en la verdad que en propagarla». *¡Ay, las verdades escolarizadas!* Varias deidades romanas dedicadas a la *divina nursery* todavía no se han jubilado: *Fabulinus* se encarga de que los niños aprendan a hablar y a fabular; *Stabilinus* enseña a los niños a estabilizarse y a no caer cuando aprendan a andar; *Potina* a comer (potitos, alimentitos, claro), a beber y a no atragantarse; *Domi-*

4. Le Bon, G.: *Psychologie des masses*. Ed. Plombe, Paris, 2002, pp. 49 y 90-91.

5. Le Bon, G.: *Ibi*, p. 60.

6. *Ibi*, pp. 49 y 82.

*duca (educadora-educadora)* les trae y lleva de casa a la escuela. Una vez que el niño es destetado se encuentra con una divinidad que le enseña a comer (*Educa*), otra que le enseña a beber (*Potina*) y otra que hace que pueda dormir tranquilo en la cuna sin hacerse pipí (*Cuba*). Esta cucharadita por Educa, ésta por Potina... Cuando comienza a andar, cuatro diosas se encargan de proteger sus primeros pasos, de las cuales diosas dos (*Abeona* y *Adeona*) le acompañan al salir de casa y otras dos (*Iterduca* y *Domiduca*) cuando regresa. Un dios para cada necesidad del infante. *Con Dios me acuesto, con Dios me levanto, con la virgen María y el Espíritu Santo*. En nuestros días una lista interminable de dioses funcionarios se multiplica según las necesidades del momento: una vela a Dios y otra a san Charbel, que goza de la máxima popularidad por sus favores, a juzgar por las cintas policromas que ornan su manto, o las letanías tipo *virgen santa, virgen pura, haz que apruebe esta asignatura*. Por si falla, venga a nosotros un buen director espiritual organizador de las conciencias ajenas, cuanto más infantilizadas mejor. Frente a esta *vulgaritas* o religiosidad del vulgo, Ennio traducía los libros escépticos de Evémero; Cicerón, se burlaba de los augures y de los arúspices; César proclamaba su propia incredulidad en pleno Senado; Lucrecio entonaba el himno de rebelión contra el Olimpo, haciendo mucho más por la libertad y la despaganización que el severo Virgilio, fiel al mundo ingenuo de las divinidades antropomórficas, que constituía el núcleo religioso de su tiempo. ¿Pero, dónde los poetas andaluces de ahora? Lejos de encontrar ese mundo insuficiente para satisfacer las necesidades espirituales de sus contemporáneos, pretendemos repaganizar las conciencias de los demás en nombre de la *religio* de los santeros del oratorio. Por eso, a mayor dogmatismo y ortodoxia, tanto más grande es en nuestros días la reacción de la *devotio moderna* con sus dioses vagos, indecisos, flotantes, mágicos, irrelevantes, mutantes, *et ita porro*. ¿Y la creencia en la eternidad, en el más allá de la muerte? *Algo* habrá... ¿*Algo*? Pues sí, algo parecido a lo que nos cuenta Valerio Máximo de los Galos, que no vacilaban en prestar dinero, pero a condición de que al menos fuera devuelto en la otra vida.

## 5. EL MIEDO TEOLÓGICO-METAFÍSICO


Otro de mis «dolores favoritos» entre los cuarenta principales de estas miserias que vehiculan el miedo a la verdad es el dogmático-religioso, perversión de lo

religioso mismo. La cultura católica fue sencillamente *la cultura*, ante la cual la heterodoxia debía hacerse perdonar. Si salías de casa te arriesgabas a perder tu preciosa identidad. Que estudien la Biblia los protestantes. A lo no *katholikon* sólo le esperaba el camino de convertirse en secta o en herejía, algo ninguneado, reprimido: un gentil necesita la circuncisión para ser judío; un burgués no puede comprender la revolución sin convertirse en revolucionario, empezando, naturalmente, por someterse a mi comandancia. Un profano no puede comprender el psicoanálisis sin someterse a mi terapia. La cultura universal es el imperio de mi particular identidad, religión, sexo, especialidad. Internacionalismo es que los otros se sometan a mi nación. O en la nueva versión de esta cursilería casticista: 'No trates de convertir a nadie, destruyes su preciosa identidad'. Y todo eso se habría concatenado históricamente de la siguiente forma: primero lo moderno se entendió como el gran peligro de la cultura católica; de ahí se basculó hacia lo católico como zona marginal de la cultura moderna y finalmente esto desembocaría en lo moderno como disolución final de lo católico. Francisco Umbral enfatizaba que para ser un buen novelista no se puede ser un buen católico. Jamás pedirás perdón suficiente en tiempo y lugar algunos, pues a la nueva inquisición anticatólica se le han vuelto a atragantar los viejos demonios fundadores: *el marxismo* ayer laureado es presentado ahora como él mismo presentó ayer a la religión, es decir, como *opio del pueblo*: la revolución será televisada, último aviso. Y la vida, más de lo mismo, sigue. Vivimos rodeados de pretensiones de santidad por todas partes. Presumimos, con frecuencia, de laicos y de libres y seguimos manejando los conflictos religiosos, aplicados a otras esferas. He aquí a los buenos, he aquí a los malos. A medida que las sociedades se han hecho más laicas, todos los que eran atributos de lo Santo se han ido traspasando a lo Político. El liberalismo tuvo, así, un aspecto religioso o de religión: lo han tenido después el socialismo, el comunismo y otros credos políticos de los que más vale no acordarse ya para nada. Y, como siempre, las sociedades han vivido víctimas de la supuesta santidad, del puritanismo, de la gravedad de ciertas autoridades: de la imposición farisaica denunciada por los Evangelios. El de la moralina ha sido uno de los criterios más empleados por tirios y troyanos al juzgar obras, conductas y personas. Los neopaganos excatólicos, que con su gesto santurrón apadrinan hoy «comprensivamente» a sus exverdugos comecuras, combinan siempre con todo,

mitad y mitad, jesuíticamente. Maldito fariseísmo tanto rogar al santo hasta pasar al charco; charco pasado, santo olvidado. A las ánimas en noviembre, a los cuerpos en todo el año. Ayunar, después de bien cenar. El padre Jeromo, que predica el ayuno y se come el lomo. El rosario al cuello y el diablo dentro del pecho. Y, luego, los buenos: «Más que las palabras de los violentos temo el silencio de los buenos» (Luther King). *Los perennes cofrades supervivientes*, antiguos *Panfletos contra el Todo* reconvertidos en pasteleros *Éticos para Amador*, con apoyo del *PRI*. *Sobreviven* viviendo sobre lo que haga falta con un cinismo infinito. A los anteriores defensores del *gay saber* han seguido los *hiperconvertos al rancio catolicismo*, *post iucundam iuventutem* les ha agarrado el *humus* más mohoso bajo el redescubrimiento de la *inmaculada Hispanidad*, aunque lo que buscan verdaderamente es salir en la tele, satisfacer su atrasada *libido dominandi*. En este carnaval de vanguardias todas las vacas son pardas. ¿Es el cristianismo un seudónimo de la coalición de los débiles y de los miedosos? ¿Frecuenta las encrucijadas de la decadencia? *Virtudes coronadas de adormideras*, que adelgazan insistiendo siempre sobre los peligros del extremismo y de la pasión, sobre las bellezas mediocres, sobre la resignación ante el hecho culminado y sobre el valor del resultado menudo, han desfigurado la modestia y la prudencia hasta el punto de hacerlas insoportables para un corazón audaz. Una religión de la yema de los dedos no agarra nada, ni siquiera el reino de Dios. *Violenti rapiunt illud*. El cristianismo es inocente de las debilidades con que los cristianos le abruman continuamente. *Hay que abandonar las supersticiones*. Demasiados jóvenes frágiles (nuevos en la fe, «emocionados») son tentados a tomar las preciosidades de su pubertad por la quintaesencia de la fe. La espiritualidad burguesa ya no detesta el pecado como un escándalo del amor, le teme mucho como un escándalo social. *Ama et fac quod vis* no quiere decir acalórate y haz el loco, sino que la absoluta subordinación de todas las virtudes, incluso la sacrosanta prudencia, a la caridad libera a un esclavo y dilata una vida. Así habló Emmanuel Mounier. Resumiendo: He aquí, pues, lo que todo el mundo sabe: que quien tiene un vicio los tiene todos, con exactitud polisilogística: — El vicio de la mentira ahoga a la escuela. — El vicio de la escuela ensucia la política. — El vicio de la política podrida desquiciamiento la voluntad de verdad religiosa. Y, por

no llorar demasiado, todo esto arrastra a los mismísimos franceses insoportables: *Le Français digne de ce nom, conscient de la grandeur de son histoire, fier de sa pensée ou de sa foi, veut être juste ou ne pas être*. Es un vicio común: *Vidi Napoli e poi muori*. Y, si no te gusta Nápoles, ya sabes: *De Madrid al cielo*. Corruptópolis, *Miami Vice*, he aquí las grandes ramerías donde se lavan los dineros y no los pecados del mundo.

*Ese maldito yo enemigo de la bendita verdad*, candil en la calle, oscuridad en la casa, «soñó que una mula negra con la dentadura de oro se había metido en la casa y la había recorrido desde el salón principal hasta las despensas, comiéndose sin prisa todo lo que encontró a su lado mientras la familia y los esclavos hacían la siesta, hasta que acabó de comerse las cortinas, las alfombras, las lámparas, los floreros, las vajillas y cubiertos del comedor, los santos de los altares, los roperos y los arcones con todo lo que tenían dentro, las ollas de las cocinas, las puertas y ventanas con sus goznes y aldabas y todos los muebles desde el pórtico hasta los dormitorios, y lo único que dejó intacto, flotando en el espacio, fue el óvalo del espejo del tocador de su madre»<sup>7</sup>. Aquel Santander se había sacado los ojos porque le estorbaban para comer, pero ¿no es peor sacarse los hígados que nos impiden buscar la verdad y defenderla verdaderamente? «El sueño del general empezó a desbaratarse en pedazos el mismo día en que culminó». Pero no, como dicen en México, *alguien tiene que tronarles el chicote para que esto camine*. ¿Tú les truenas el chicote? ¿Si con agua va mejorando, sígale dando? ¿Si aún no podemos/ y ya trincamos,/ cuánto no trincaremos/ cuando podamos?

Afortunadamente, el hombre sólo puede comprender un cierto grado de desgracia; más allá de este grado, la desgracia le aniquila o le deja indiferente. «En un discurso que pronunció en el Congreso de los Diputados el 4 de julio de 1865, en los años previos a la caída de Isabel II, y haciéndose eco del desaliento que la situación del país le provoca, exclama: «algunas veces, abatido, una voz secreta me decía, cállate, ¿por qué hablas? Hasta ahora tuviste la fortuna de no odiar a nadie, no sigas en peligro de odiar; hasta ahora tuviste la fortuna de no hacer daño a nadie, no sigas en peligro de hacerlo... cállate, ¿por qué hablas, pues? —Es verdad, contestaba yo; pero ¿y la conciencia?»<sup>8</sup>. 

7. García Márquez, G: *El general en su laberinto*. Ed. Difusión, Cuyo, 2006, p. 30.

8. Colomer, A: «La exigencia moral en la política». In *Las Provincias*, Valencia, 29/03/2015.